

SOPA DE LIBROS

Vicente Muñoz Puelles

La torre de Babel

Ilustraciones
de Esther Gómez Madrid



ANAYA



© Del texto: Vicente Muñoz Puelles, 2017
© De las ilustraciones: Esther Gómez Madrid, 2017
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2017
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Primera edición, marzo 2017

Diseño: Manuel Estrada

ISBN: 978-84-698-3350-6
Depósito legal: M-3568-2017

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Mulloz Puelles, Vicente
La torre de Babel / Vicente Muñoz Puelles ;
ilustraciones de Esther Gómez Madrid . — Madrid : Anaya,
2017
152 p. : il. c. ; 20 cm. — (Sopa de Libros ; 185)
ISBN 978-84-698-3350-6
1. Escritura. 2. Libros. 3. Torre de Babel.
I. Gómez Madrid, Esther , il. II. Título III. Serie.
087.5: 821.134.2-3



SOPA DE LIBROS

Vicente Muñoz Puelles

La torre de Babel

Ilustraciones
de Esther Gómez Madrid

ANAYA



Para Olga, Laura y Ricardo.

*¡Ea, construyamos una ciudad
y una torre cuya cima llegue hasta
el cielo, para hacernos un nombre!*

Génesis 11, 4

1

DESPUÉS DEL DILUVIO

Me llamo Inana. Tengo nueve años y vivo en la ciudad de Uruk, donde suceden las historias más asombrosas del mundo. Y no solo suceden. Nos pasan a nosotros, a mi familia y a mí.

En Uruk se construyó el arca y dio comienzo el gran diluvio, que luego se extendió por toda la tierra conocida. Y aquí se empezó a construir también una torre altísima, visible desde muy lejos, que atraviesa las nubes y pretendía llegar hasta la puerta del cielo.

La puerta del cielo, eso es precisamente lo que la palabra Babel significa.

Pero antes de contaros la historia de la torre de Babel y de cómo alcanzó su ac-

tual altura, quiero presentaros a mi familia y a mi gata, Kun.

Kun tiene la piel moteada. Pasó el diluvio en el arca, con nosotros y con los demás animales.

Un día me trajo en la boca un pajarillo azul pálido y lo dejó a mis pies, como una ofrenda. La reñí, porque también me gustan mucho los pájaros y me encanta escuchar sus cantos y verlos volar. Pero me di cuenta de que no entendía mi enfado. Otro día me trajo una lagartija listada y volví a reñirla. Lo mismo hice cuando me trajo un ratón.

Ahora, por fin, ha comprendido que me disgusta que cace para mí. En lugar de traerme a sus presas, me regala retales de tela y pequeñas piezas de madera, con las que me distraigo jugando. No sé dónde las encuentra. Solo sé que es la única gata que conozco que hace regalos a sus amos.

Sinmagir, o sea papá, es un funcionario importante, con fama de prudente. Lleva las cuentas de los almacenes reales, y también se ocupa de la construcción de la torre.

Vivimos en una de las calles principales, en una casa de adobe con una terraza en la parte superior y un patio interior con un pequeño jardín, donde crece una palmera muy esbelta. También hay un estanque con peces y ranas, que juegan al escondite entre los nenúfares.

En las noches más cálidas, mis padres y yo subimos a la terraza y nos acostamos bajo las estrellas. Como papá adora la contabilidad, desde el principio se empeñó en darle un número a cada estrella, en vez de un nombre. Siempre que tiene ocasión, les pasa revista.

—Una, dos, tres, cuatro... —recita, mientras puntea la bóveda del cielo con un dedo cargado de anillos.

Así llega hasta cuatrocientas y poco más, que es, según dice, el número de estrellas que pueden distinguirse a simple vista. Pero mucho antes, cuando va por el número ciento veinte, yo suelo quedarme dormida.

Y es que... ¿puede haber algo más aburrido que una simple retahíla de números?





Kubaba, es decir mamá, tiene los ojos rasgados. Quizá por eso ve el cielo de otro modo. Le gusta imaginar que las estrellas están unidas entre sí por trazos invisibles, y que esos trazos forman figuras.

—¡Mira! —dice, agitando una mano hacia el cielo, como si dibujara en lo alto, y los cascabeles de oro de su pulsera resuenan en la noche—. Ahí hay un escorpión con las pinzas abiertas y la cola alzada. ¿Lo ves bien? Es la constelación del Escorpión. ¿Y aquella otra? Es la constelación de la Palmera. Al menos así es como yo la llamo. Tiene dos estrellas en el tronco, y tres más pequeñas arriba, en la copa.

A veces tardo un poco en descubrir las formas de las constelaciones que me enseña mamá, porque tampoco ella y yo vemos exactamente lo mismo. Pero luego nunca las olvido, y cuando vuelvo a buscarlas, las encuentro enseguida.

Además, algunas de esas figuras parecen tener una relación especial con sus vecinas más próximas.

Hay una constelación de los Gemelos, por ejemplo, compuesta por varias estrellas que son como dos hermanos idénticos. Vayan donde vayan, una constelación en forma de perro los sigue por todo el cielo, como una sombra, y los acompaña en sus cacerías estelares.

Está también la constelación del Guerrero, un hombre armado con un escudo y una lanza, que cada noche aguarda la embestida de un grupo de estrellas en forma de toro.

—Si miras el cielo con atención —dice mamá—, encontrarás en él todo lo que buscas.

Tiene razón. Desde que sé que las estrellas cuentan historias, el cielo me parece mucho más entretenido.

Mamá se ocupa de las tareas de la casa, que son muchas, y tiene una habitación propia con un telar, donde teje tapices y prendas de vivos colores. También nos cuida a papá y a mí.

Naturalmente, yo la ayudo en todo lo que puedo.

A veces, cuando vuelve del trabajo, papá se sienta en un canapé, en el salón grande, y se pone a hablar de sí mismo, convencido de su importancia. Mientras, acaricia el sello cilíndrico que siempre lleva colgado del cuello, y que en cierto modo es como su nombre.

—Si no fuera por mí —empieza—, el poderoso rey Sargón no sabría las cantidades de oro que hay en el tesoro real, ni el grano y el aceite que se guardan en sus almacenes, ni los ladrillos que se emplean cada día en la construcción de la torre.

—Si no fuera por mí —le contesta mamá—, el contable del poderoso rey Sargón se pasaría la noche entera vagando por las calles y bebiendo vino de palmera.

Aunque son muy distintos y tienen opiniones diferentes sobre casi todo, mis padres se quieren muchísimo, y cuando pienso en ellos, siempre los imagino juntos.

También mi primo Jafet y yo somos muy distintos. Quizá por eso es mi mejor amigo y nos entendemos bien, aunque a

veces, cuando habla, es un poco pedante y presume demasiado de las cosas que sabe. Supongo que eso le pasa por ser chico.

Tiene el pelo negro y rizado, y los ojos oscuros y brillantes.

No conozco a muchas personas a las que les brillen los ojos, pero a él le brillan.

Y cuando sueña despierto y me habla, muy serio, sobre los viajes que hizo con sus hermanos en busca de animales para el arca, o sobre los lugares exóticos que espera visitar algún día, me entran ganas de darle un beso.

Jafet vive en la casa que linda con la nuestra. Cada mañana le espero en la puerta para verle partir, camino de la escuela de los escribas, donde los niños de las familias más notables aprenden a escribir y a hacer cálculos.

He dicho bien: los niños y no las niñas. Por alguna razón estúpida, las niñas no tenemos derecho a ir a la escuela.

Pero yo sé leer y escribir, porque papá, que siempre estuvo en desacuerdo con esa fastidiosa costumbre, enseñó a mamá, y

ella me ha enseñado a mí y me hace practicar en casa, con una caña de punta roma y unas tablillas de barro. Por eso puedo escribir estas líneas sin ayuda.

El padre de Jafet, el tío Noé, es hermano de mamá. Está casado con la tía Anu y es uno de los altos jueces de Uruk. Tanto él como papá pertenecen al Consejo de Sabios. Allí se reúnen y hablan de sus cosas, pero casi siempre acaban dándole la razón al rey Sargón.

20

Mi tío tiene fama de ser muy justo, y también un poco excéntrico. A diferencia de la mayoría de los habitantes de la ciudad, no cree en varios dioses sino en uno solo, que es su dios particular y al que llama simplemente Dios.

Y lo que es aún más extraño, el tío Noé habla con ese dios a veces. Fue en una de esas conversaciones cuando Dios le previno y, desde el interior de una zarza, le anunció con voz de trueno:

—Voy a enviar un diluvio, que inundará la tierra y acabará con todos los hombres. Solo os salvaré a ti y a los tuyos.

Estaba descontento porque, según decía, los hombres habían olvidado que él era el verdadero creador del cielo y de la tierra, y lo habían sustituido por otras divinidades. En cambio, el tío Noé seguía teniendo fe en él, y le había dedicado un altar en su casa.

Tras concederle su protección, Dios le ordenó que construyera en cuarenta días un arca de madera muy grande, y que se acomodara en su interior con su familia y con dos animales de cada especie, macho y hembra, para evitar que se extinguiesen.

Recuerdo, como si acabara de ocurrir, la tarde en que Jafet vino a verme y nos sentamos en el patio, junto al estanque.

Me habló de todo: del diluvio cercano, del arca flotante y de las parejas de animales. Luego me preguntó:

—Si acabamos el arca a tiempo, ¿te vendrás conmigo?

—Es la historia más hermosa que he oído —le dije, sin dudarlo—. Por nada del mundo me perdería el resto.

No me lo perdí, claro está.

